

IV

La primera grieta de «La Puntual». — El 1830 vacila.

¿Y el muchacho? ¿Y Ramoncito?

Ramoncito iba á Llotja.

¿Á la Bolsa?

Á Llotja, á dibujar.

Pero...

Iba sólo de noche, pero iba. Y que no faltaba nunca.

Pero ¿cómo es posible que en aquella casa tan sería..., tan...?

Acaso porque no sabían lo que era Llotja, como tampoco sabían lo que querían decir aquellos libros que encontraban y que él leía á escondidas, como no sabían tantas otras cosas de las que no son vender hilos y cintas.

Además que el muchacho ya tenía veinte años, y por más que era obediente, buen trabajador, despierto y laborioso, no se podía mandar así como así á un muchacho que es casi un hombre y á quien le da por ir á Llotja.

Primero, cuando quiso ir, se lo dijo á su madre, y ella dijo que sí en seguida; en primer lugar, porque era madre, y después, porque le pareció que no era ofensa de Dios ni de los hombres el irse á entretener por las noches emborronando papeles que no hacían daño. Luego se lo dijo al padre. Aunque comprendió que los jóvenes después de todo en algo se han de entretener, tuvo alguna sospecha de que aquello pudiese tener malicia y distraerle de cosas más serias; pero Ramoncito se empeñó tanto, que acabó por decirle que con tal de que á las diez estuviese en casa y se levantase á la hora de siempre, fuese enhorabuena á pintar monos, que eso sería una manía pasajera y que ya entraría en razón cuando tuviese más conocimiento.

Pero á aquel diablo de muchacho le sucedió una cosa extraña: cuanto más conocimiento tenía más le aumentaba la afición. No sé qué les daban en aquella casa de Llotja, que, después de estar cansados de todo el día, en vez de hacer reposar al cuerpo de las fatigas del comercio, ó de buscar esparcimientos provechosos, propios de la juventud, quisieran irse á pasar la noche tirando rayas y haciendo adornos, que luego no servían para nada. Si hubiese ido á un casino, aunque al señor Esteban no le gustaban tampoco los casinos, le hubiese parecido pasadero. Si hubiese sabido que Ramoncito tenía expansiones ilícitas de enamoramientos «interinos», también se hubiese «hecho cargo»; pero ir á estropear la vista sólo para emborronar papeles, ¡vamos!, era un miste-

rio, que si no hubiese ocultado nada, parecería cosa de locos.

¿Qué podía ir á hacer allí todas las noches? Una vez le dijeron que cómo no les enseñaba lo que hacía, y él respondió: «No lo entenderían ustedes», y se quedaron mudos de asombro. Otra vez le preguntaron si todavía tendría que ir mucho tiempo á aprender, y él les contestó: «Ahora estoy empezando», y replicándole ellos que cuándo se acabaría aquella clase de trabajo, él respondió sin más ni más que con aquella clase de trabajo había para toda la vida, y que cuando era uno muy viejo es precisamente cuando empezaba á saber.

El caso es que él cenaba á toda prisa, que ni sabía lo que comía, que miraba al reloj con angustia y que se marchaba desatinado; el caso es que se distraía de la venta (y esto era más serio que el no comer), que daba trencilla azul en vez de amarilla, ó que daba cuartas de más (¡cuartas de más, Dios del cielo!), que se le veía preocupado, que muchas veces le hacían preguntas y él no sabía qué le preguntaban, y contestaba con la boca abierta como si se hubiese caído de la luna, que decía palabras tan extrañas que no las entendía nadie, que hablaba de «ideales, de gloria, de arte, de belleza», de nombres que debía inventar él, porque ni el mismo señor Esteban, con los años de comercio que llevaba, los había oído decir nunca; el caso es que hasta un día..., ¡válganme las santas Cuatro Reglas!, en el margen del Inventario, de ese sagrado Inventario, Principio y Fin de la Casa, Fun-

dador de todas las Cosas y sostén de Cielo y Tierra, encontraron un monigote dibujado!

¡Eso ya era demasiado, señores! Eso ya era perder el respeto á la Biblia de la Casa. Eso ya era insultar á la Madre Laboriosidad, á la Noble Misión del Trabajo y á los Intereses creados, y el señor Esteban se alteró todo lo que podía alterarse.

Ramoncito aseguró que había sido una distracción y que cualquiera puede tenerla; pero su padre no se convenció, porque detrás de la distracción vinieron otras cosas que no eran de buen agüero. Á veces iban á «La Puntual» jóvenes medio despeinados, que bien se veía que no eran compradores ni tenían aire de comerciantes, y entraban alborotando en aquel sagrario, y si Ramoncito no estaba se marchaban haciendo ruido, sin respetar la casa, ni el comercio, ni el 1830; á veces, si le encontraban, se subían con él al entresuelo, y allí abrían carteras y discutían como locos, y si subía el señor Esteban, con aquello de que no lo entendía volvían á guardar los papelotes; á veces tenían que salir para un asunto muy serio, según decía Ramoncito, y en cuanto estaban en la calle, saltaban, se reían, alborotaban y se iban cantando con tan poca seriedad que no había manera de entenderlos; y hasta alguna vez Ramoncito salía diciendo que iba á cuidar á un amigo que se había puesto enfermo, y para ir á cuidarlo se llevaba carteras y lápices y otros instrumentos que no servían para cuidar ninguna clase de enfermedad.

Todo aquello era sospechoso. El señor Esteban

no lo entendía, pero lo encontraba muy sospechoso. Tomasa le decía que la gente joven tiene que divertirse; él, en el fondo, comprendía que aquello no era divertirse y que escondía algo que no era diversión, ó que si lo era, lo era de un modo que le parecía muy extraño. Ella le daba una razón que era para convencer á un hombre como el señor Esteban, á saber: que el muchacho no gastaba dinero, y que sin gastos no hay vicios; él ya veía que no eran vicios; pero, aunque no fuese vicio, el distraerse de la obligación para ir no se sabe dónde, á una cosa que tenía unos nombres que él no había oído decir nunca, le tenía tan preocupado como lo está quien siente venir el mal tiempo sin ver nieblas en el cielo ni señales de viento en la tierra.

Un día, después de cenar, no pudiendo ya sufrir más, en el momento en que Ramoncito quería marcharse como siempre, le detuvo y le dijo:

— Oye, Ramoncito, dime la verdad. ¿Adónde vas?

— Ya lo sabe usted; á Llotja.

— La verdad, ¿qué hacéis en Llotja?

— Dibujar.

— ¿Y qué más?

— Nada más. Por ahora, nada más.

— ¿Qué quiere decir ese por ahora?

— Que más adelante puede que pinte ó que esculpa.

— Y para hacer eso que dices, ¿cómo es que no comes con sosiego, ni trabajas á gusto, y te distraes y no atiendes á tu obligación?

— Sí que atiendo, y de sobra.

— ¿Cómo es que no miras por el nombre que llevas?

— Miro mucho más de lo que usted se figura.

— No es verdad. ¿Cómo es que siempre estás pensando en no sé qué?

— Porque el Arte es una pasión.

— Habla claro. Aquí hay algún secreto que no me dices.

— No hay ningún secreto; es que el Arte puede más que nosotros.

— ¿Y qué es eso del Arte?

— Ya le he dicho á usted que no lo puede usted entender.

— Explícamelo.

— Es imposible explicarlo. Estas cosas no se explican, se sienten, nace uno con ellas dentro, y las va queriendo, queriendo, hasta que llega día en que no puede uno abandonarlas.

— ¿Pero á quién es á quien se va queriendo, queriendo, como tú dices?

— Á nadie; á una cosa que es un deseo de crear, de hacer obras, de realizar lo que se sueña.

— ¿Pero dónde está todo eso?

— En ninguna parte y en todas. No sé cómo decirle á usted. Está dentro del pensamiento.

— Ramoncito, ó estás loco, ó me vas á volver loco á mí. Tú tienes alguna mujer, no sé dónde, y te has encaprichado de ella, y no lo quieres decir.

— El Arte es mejor que ninguna mujer.

— Tengo cincuenta años y á mí no me engañas.

— Ni le engaño á usted ni le quiero engañar. He hablado porque me ha preguntado usted, pero sabiendo ya que no había usted de comprenderme.

— Pues una cosa entiendo, y desde hoy la tendrás que hacer: que te ocupes de la obligación, que no te distraigas del negocio, y que seas formal como lo he sido yo y como lo hemos sido todos los de la casa, y si no, no vas más á Llotja.

— Padre, si no fuese á Llotja, iría á otra parte. No es en Llotja donde está el mal; el mal le llevo yo dentro.

— Pues yo te le sacaré á la fuerza.

— Padre...

— ¡Hijo! — saltó Tomasa, viendo que se acercaba un conflicto—. No contestes. Piensa con quién estás hablando.

— Ya lo pienso, pero...

— ¡Haz lo que te mande tu padre, por Dios!

— Ya lo haré. Cumpliré con mi obligación — dijo levantándose para salir.

— Y ahora, ¿dónde vas? — dijo el señor Esteban.

— Ahora... á Llotja.

— ¿Cómo se entiende?

— ¡Se entiende que voy! Cumpliré con mi obligación, y mi obligación es de día. Bastante cumplirla es estarse doce horas uncido al mostrador. De noche tengo mi mostrador, en el que si no se ganan dineros, se gana... No me entenderían ustedes.

Y cogió el sombrero y se marchó.

V

La gente de bien va á ver *Buena gente*.

Esta conversación rápida que había tenido el señor Esteban con su hijo, por el pronto no tuvo importancia. Había sido una nube que pasó sobre «La Puntual», pero un cielo que había estado sereno desde 1830 no había de enturbiarlo una niebla que pasa.

Ramoncito cumplió su palabra; seguía yendo á Llotja, pero estaba en el escritorio, llevaba la correspondencia, no dibujaba en el Inventario, pero si la procesión le andaba por dentro, por fuera no se le notaba nada. Era el perfecto comerciante, entregado en cuerpo y alma á la noble mercería. La madre estaba contenta porque veía que la armonía había vuelto al «hogar», y el señor Esteban, ya repuesto del susto, no era tan exigente como antes, se hacía cargo, no tiraba tanto de la cuerda, daba beligerancia al muchacho, le había interesado en la casa para ver de seducirle con el atractivo del balance, y todos habían

hecho concesiones: Ramoncito de exaltación, y el señor Esteban de prudencia.

Hasta un día, un domingo por la tarde, dijo á Tomasa y al muchacho que se vistiesen con la ropa mejor, que les llevaría á Romea á ver *Buena gente*, una comedia que decía el «Brusi» que se podía ir á ver sin peligro de perversión ni de trastorno de ideas.

Se vistieron y fueron.

Tomaron tres butacas de primera fila para poder hacerse cargo de todo, y subieron la escalera.

El muchacho ya había estado en Romea, pero los padres no habían estado nunca, y cuando llegaron á lo alto del salón, aquel aire que tiene de casa bien arreglada, aquella pintura prudente, aquellos retratos de familia que hay por las paredes y aquellos divanes sufridos que hay todo en derredor, les hicieron muy buen efecto. Se conocía que era un teatro honrado, una casa seria, y que la gente que iba á él era también gente seria, y les parecía que veían las caras de los honrados comerciantes de su barrio de Ribera, y se encontraron como en su casa.

Entraron, se sentaron; tocaron un poco de música mientras se llenaban las butacas, y cuando estaban más distraídos, se levantó el telón sin avisarles.

Arriba, en el escenario, una casa de préstamos. Aunque el señor Esteban no había visto ninguna, gracias á Dios, lo conoció en seguida al ver que la gente empeñaba cosas y conoció también inmediatamente que un señor muy reposado que se paseaba arriba y abajo era el amo de la casa, porque tenía

voz de mando; que un viejecito era el tenedor, porque tenía voz de obedecer, y que un dependiente era el sobrino, porque llamaba tío al amo.

El amo, á quien llamaban señor Bautista, era un hombre de cierta edad. Al señor Esteban y á su mujer, aunque tenía casa de préstamos, les pareció hombre como Dios manda, tranquilo y digno, y que se expresaba muy bien. Las cosas que decía del comercio, de los balances y de la Teneduría les parecieron muy bien dichas, y su ambición de hacer dinero, fuera como fuera, pero honradamente, la encontraron muy natural. Había hecho prosperar la casa, según iba diciendo, por medio del ahorro, y el que prospera de ese modo puede llevar la cabeza muy alta y «hacer frente» á las circunstancias por muy espinosas que sean. No había tenido descendencia, y el trabajar como trabajaba sin tener en cuenta la descendencia, sólo por el deber que todo hombre tiene de aumentar los «caudales» de su fortuna, ya es cosa digna de respeto.

Quería adoptar á una muchacha y se lo estaba contando al tenedor, y no por él, sino por dar gusto á su mujer, y eso de dar gusto á la mujer en cosa de tanto gasto, también era digno de respeto. No todos los que no tienen hijos los adoptan así como así, y menos á muchachas de la Inclusa, como la que ellos querían adoptar.

Al saberlo, los parientes les daban consejos, y también el señor Esteban y su mujer lo encontraron muy natural. Ellos no la hubieran adoptado. Hay que pen-

sar mucho antes de meter un extraño en casa. Una muchacha de la Inclusa, por buena y honrada que salga, siempre es un gasto que se echa uno encima, y los parientes tenían razón, y si el señor Esteban en persona hubiera podido subir á las tablas, le hubiera aconsejado lo mismo y habrían acabado por entenderse.

Con quien no se hubiera entendido nunca es con un sobrino del señor Bautista que entró alborotándolo todo. Aquel sobrino era pintor, un poca lacha de dibujante, tan desconcertado y tan loco, que el señor Esteban no comprendía cómo á un mala cabeza como aquél le dejaban entrar en la casa. Figúrense ustedes si sería loco el tal pintor, que despreciaba el dinero que le pudiese dejar su tío; que le habían ofrecido una plaza en el establecimiento comercial y no la había querido aceptar para poder seguir adelante con su manía; que se alababa de ser pobre, que quería ganarse la vida trabajando sin depender de nadie y sólo por el mérito y el saber; que no tenía miramientos ni para las cosas más sagradas, como son el escritorio y los libros; que no se quería convencer de que un rico valga mucho más que un pobre, y que con el mismo poco respeto hablaba de los testamentos que del Banco de España, que del crédito, que del Mayor, que del Diario.

— ¿De dónde habrá salido este loco? — dijo el señor Esteban indignado.

— No es loco, es un artista — contestó Ramoncito.

— ¿Sabes lo que es? Un gran poca vergüenza.

— Á mí me gusta.

— ¿El qué? ¿Lo que dice?

— Lo que dice y lo que piensa.

— Vamos, muchacho, tú no estás bueno, si te pones de parte de este cabeza á pájaros. Ya verás qué fin tiene.

— Yo diría lo mismo que él.

— ¡Tú!

— No os acaloréis — dijo Tomasa —. ¿No veis que es una comedia?

— Es que en las comedias hay cosas...

— ¿Quieren ustedes hacer el favor de callar? — dijo un señor de detrás.

Y siguió el acto con las conversaciones de los parientes, con las desvergüenzas del sobrino y con la llegada de la inclusa: una muchacha con los ojos malos, vestida con el traje de la Inclusa, que cuanto más la halagaban y más buenas palabras le decían, más lloraba y menos lo agradecía, cosa que el señor Esteban no entendió, que la señora Tomasa casi comprendía, y que á Ramoncito le excitó tanto, que dijo cuando cayó el telón:

— Si á esto le llaman buena gente, preferiría yo ser un perdido. Estos son ladrones de levita.

El entreacto fué silencioso; aquellas palabras del muchacho habían hecho mal efecto al señor Esteban. ¿Qué había querido decir con lo de la levita? ¿Dónde estaban los ladrones de levita? ¿Y quién robaba en el mundo con levita? ¿El hacer negocio con los que no saben guardar el dinero, es cosa legal? ¿Si llevaban

un interés aunque fuese de real por duro, no estaban conformes los del duro? ¿Qué obligaba á nadie á arruinarse por fuerza aquel señor Bautista, hombre tan cabal? Si en el mundo no hubiese quien pide, ¿cómo podría haber quien ganase? Si el señor Bautista, después de haberlo ganado tirase el oro por la ventana, santo y muy bueno que se le llamase tonto; pero á un hombre que ahorraba, que se hacía un nombre, que prosperaba, á quien respetaba todo el mundo, ¿se le podía tratar de mala manera? ¡Bah! Los jóvenes dicen palabras sin saber lo que dicen.

Prueba de que el señor Bautista de la comedia era un grande hombre, es que en el segundo acto era ya más rico y pronto sería un gran señor. Se enamoraba de la muchacha, eso sí, pero eso son cosas del mundo, flaquezas, vértigos, que el comerciante más firme puede tener sin que por ello se resienta el crédito; es verdad que aborrecía á su mujer, pero ¿qué tiene que ver la mujer con la marcha del comercio, ni las interioridades de la familia con la buena administración y el engrandecimiento de la casa?

— Este hombre está trastornado — dijo el señor Esteban á mitad de acto.

— Este hombre es un canalla — dijo Ramoncito exaltándose.

— Son comedias — decía Tomasa.

— ¡Que se callen! — decía el de detrás.

Y entretanto, en las tablas había salido el dibujante y le decía á la inclusera todo aquello de ideales y arte, y belleza, y aquellas palabras extrañas que el

señor Esteban había oído decir á su hijo y que encontraba repetidas allí como si el autor fuese el mismo que se las hacía decir á uno y otro, y que le iban cayendo en los oídos como blasfemias incomprensibles é iban espantando á Tomasa, y hacían levantar de su asiento á Ramoncito, que no tenía ojos bastantes para seguir la acción ni oídos para escuchar las palabras imprudentes del pintor.

Acabado el segundo acto, Tomasa se hubiera ido de buena gana. Estaba entre dos pensamientos opuestos, y aunque no los veía los temía. Á un lado sentía el pasado, con años y años de perseverancia, de buena conducta, de regla, de tradición, y al otro el porvenir, con temblores de entusiasmo, de juventud y de alegría, y si por un lado era mujer, por el otro era madre.

Cuando volvieron á levantar el telón el señor Bautista ya era banquero, y el señor Esteban se le quedó mirando con consideración y respeto. Llegaba el fruto del trabajo, la perseverancia había triunfado. Como él, como tantos Estébanes como él, podía ser presidente de Cajas, consejero de ferrocarriles, senador, Junta, Acción y Título. Los malos instintos con la inclusera y las crueldades con la mujer eran cosas que no entraban en cuenta. Los escalones de la fortuna quedaban esfumados en el fondo, y no se veía más que una cosa, el triunfo del señor Bautista, el triunfo de la Economía, el poder de la Riqueza, la glorificación del Dinero. ¿Qué importaba que para conseguirlo hubiese arruinado familias y llevado á la mi-

sería á tantos hombres, si no eran dignos de ser ricos? ¿Acaso se ganan batallas sin víctimas? ¿Qué importa que una fortuna se riegue con lágrimas? ¿Acaso era él quien fabricaba las lágrimas? ¿Qué culpa tenía él si al hacer el favor de prestarles los cuartos les había hecho desgraciados? ¿No lo hubieran sido también sin los cuartos? El señor Bautista tenía razón. Todo quien fuese Esteban tenía que dársela. Y en vez de hacerlo así, cuando salía aquel pintamonas á llevarse á la inclusera (que era la espina del pescado), y á los parientes y al señor Bautista les llamaba usureros, enterrahonras, sepultureros de todo lo noble y enemigos de toda hermosura, con una desvergüenza indigna, en vez de gritar el público para que echasen á aquel loco que llevaba la perturbación á casa de una gente honrada y laboriosa, le aplaudían y Ramoncito se excitaba, y hacían que saliese á saludar á un hombre alto, medio canoso y descabellado como aquellos amigos de Llotja, y ni unos sabían por qué gritaban ni sabía él por qué salía.

Al cuarto acto el señor Baustista estaba sentado en un sillón y padecía de gota. Todos los que han trabajado mucho en este mundo, acaban por padecer de gota. Se le había muerto la señora, y aunque ya estaba acostumbrado á que se le muriesen señoras, estaba muy abatido. Como el señor Bautista era hombre á quien le gustaba hacer las cosas con todo su conocimiento y no hacerlas en el momento crítico, hablaba de hacer testamento, y como los parientes eran gentes serias que sabían lo que es hacer testa-

mento, tenían ganas de que lo hiciese para dejar las cosas en orden, cuando llegó el dibujante con la que ya era su mujer á desbaratar las cosas.

Claro que dijeron que venían á cuidarle, que estarían á su lado, que le traerían al niño para que le alegrase la vejez, y que no lo hacían por el interés; fuera del loco de Ramoncito y de aquellos alborotadores del público, ni los señores Esteban de fuera ni los señores Bautistas de dentro creyeron palabra de lo que decían. ¡Buenos están los tiempos para retóricas! ¡Como si no hubiese más que cuidar á la gente de balde sin esperar recompensa! ¿Se figuraba aquel pintorzuelo que no sabían las cuatro reglas ni las matemáticas del vivir aquellos hombres de negocios? ¿Se figuraban que una fortuna se deja escapar así como así por cuatro palabras de efecto? Lo que consiguieron con sus voces fué trastornar al señor Bautista. Aquel hombre, que en salud era un hombre tan entero, tan recto y con tanto sentido común, acobardado por la enfermedad, tuvo un momento de flaqueza y los eehó á todos de casa, y se quejó de su suerte, y tuvo dudas del pasado, y hasta quería dar el dinero, aquel dinero tan trabajado, tan sudado, tan sacado de la misma sangre, aquellos suspiros acuña- dos, aquel montón de lamentos y lágrimas que tenía encerrado en la caja.

Los señores Esteban se pusieron amarillos cuando vieron que los daba, y los Ramoncitos se alegraron; pero en aquella lucha rápida triunfaron los señores Esteban, como triunfan siempre en la vida. Pasado

aquel desvarío, volvió á coger los dineros y los volvió á encerrar en la caja. El hombre alto volvió á salir, porque le volvieron á llamar, y, como sucede en todas las cosas, unos se marcharon contentos y otros desilusionados.

La señora Tomasa, al salir, pensó lo mejor que puede pensarse: que todo aquello eran comedias; el señor Esteban rumió lo que era capaz de rumiar, que no era gran cosa. Pero Ramoncito, que era joven y á quien le faltaba experiencia, se marchó con un hervidero en la cabeza que había de traer consecuencias. No durmió, no almorzó, y fué á Llotja con más afán que nunca.

Tanto fué á Llotja, que si aquel hombre despeinado que había escrito la comedia hubiera podido sospechar el estrago de aquella «Puntual», acaso no la hubiera escrito, ó acaso le hubiera añadido más actos.

¡Ojalá no hubiesen ido nunca al teatro!

VI

De cómo se levanta una tempestad en un estanque de aguas muertas.

Sí, hubieran hecho bien en no ir al teatro.

Así como basta una chispa para incendiar un polvorín, cuando una imaginación está llena, una cosa tan inocente como ver una comedia la puede hacer abrirse como una flor. Aquellos libros que Ramoncito había leído, aquellos dibujos que había hecho y aquellos compañeros que había tenido le habían ido calentando la cabeza, y no faltaba más que un fósforo para provocar el estallido.

Desde aquel día en adelante, Ramoncito decidió seguir su idea, cueste lo que cueste y pase lo que pase. Quiso salir de aquel estanque y echarse al mar de sus sueños; quiso sentir el placer de volar aunque tuviese que romperse las alas; quiso ser «artista», en una palabra; dejar aquel nido arrinconado, aquel cajón de trencillas, aquel antro, aquel molino de hacer dinero, y lanzarse á la ventura.

Ya por las tardes, sin miramientos, cogía el lápiz y

salía, y volvía á la hora de cenar y volvía á salir en seguida; ya se había atrevido á colgar dibujos de las paredes y á que los viese quien quisiera; ya había profanado la tienda dibujando en el altar mayor, dentro del mismo escritorio, al lado del señor Pablo, que lo veía con espanto; ya hacía entrar á los compañeros en el santuario sin santiguarse en la puerta, y en medio de los cajones y de los parroquianos discutían de sus cosas; ya no había nada sagrado. Las tiendas, como las iglesias, cuando se les ha perdido el respeto, no queda en ellas fe para los que en ellas viven; la confianza mata la fe, y muerto el perro se acabó la rabia. Sin fe no hay mercería.

El señor Esteban se había enterado. Claro es que se había enterado; y Ramoncito se había enterado de que el señor Esteban se enteraba, y si no se decían nada uno á otro es porque tenían miedo al escándalo. Era tan grande, tan inmenso lo que Ramoncito quería destruir; ha echado tantas raíces una tienda de setenta años; se ha criado tanto moho en una casa de comercio en la que han hecho números cuatro generaciones; están tan húmedas de sudor, de sudor de padres á hijos, las paredes de un establecimiento que lleva casi un siglo de sudar, que con toda el ansia que tenía de marcharse, comprendía que cuando lo dijese crujirían las paredes y sangrarían las entrañas, y hacía y callaba; y era tan extraño el temor que tenía el señor Esteban á un no sé qué que se acercaba, á un temblor que sentía, á un trastorno que veía venir, que no se atrevía á decir nada por

miedo á que con el sonido de la voz se hundiese todo de repente. El uno tenía miedo de hablar y el otro de oír. Los labios empezaban á abrirse y se cerraban antes de haber dicho nada. La voz no se atrevía á salir por temor de comprometerse, y uno y otro hablaban bajo, y lo menos posible, como si no quisieran despertar á un enfermo que hubiese en la casa.

La madre, como todas las madres, sufría sin saber por qué. Les miraba á los dos á los ojos, y veía luces de duda que no había visto nunca. Adivinaba en el marido (él, que siempre había sido tan pacífico) un hervor de pensamientos negros que le enturbiaban la vista, y adivinaba en su hijo olas de color de rosa y nublados de obscuridad que se encendían y se apagaban; y le trastornaba tanto aquel no sé qué que presentía, que iba de uno en otro suplicando con la mirada, pidiendo misericordia, queriendo implorar de su Esteban un perdón para lo que viniese y queriendo apartar al hijo de lo que ya veía venir.

Y vino lo que veía, y al fin se abrieron aquellos labios y la tempestad que amagaba estalló como una bomba, y los cimientos de «La Puntual» parecieron salirse de quicio y temblaron las cajas y se agrietaron las vigas.

Un día, por la mañana temprano, Ramoncito se marchó sin decir nada á nadie.

Comió, y se disponía á volverse á marchar, y el señor Esteban se acercó á la puerta y cubriendo la salida con su cuerpo, palpitante y tembloroso le dijo:

— ¡Detente, Ramoncito! Antes de que te vayas

tenemos que hablar. Entra y siéntate, y acabemos de una vez y sepamos lo que pasa.

Entraron en la sala. El señor Esteban cerró las puertas, y, una vez sentados los dos, el padre dijo:

— Ramoncito, ya sabes que una vez te pregunté qué hacías. Tú me dijiste que ibas á Llotja y yo no supe más. Tú ya sabes que no hay nada en el mundo, quitándote á ti y á tu madre, que yo quiera tanto como la tienda. Tú ya sabes que me prometiste que la cuidarías como cosa propia, que tuya es y tuya ha de ser, y en vez de cumplir lo que prometiste, ya no sólo has ido á Llotja, sino que te marchas por las tardes, y hoy te has marchado por la mañana y mañana te marcharás para siempre, si no hablamos claro y no te explicas. Dime de una vez: ¿adónde vas cuando sales de casa?

— Á estudiar.

— Eso ya lo has dicho. Dime si dices la verdad, y si la dices, ¿para qué ha de servirte todo eso que estudias?

— Padre...—dijo Ramoncito temblándole las palabras en los labios—. Padre, hace mucho tiempo que estoy queriendo decirle á usted la verdad; pero... me da tanto miedo decirsela, que no sé si se la debo decir.

— Dila, y no tengas miedo.

— No tengo miedo por mí; es por usted. Lo que le quiero decir es tan amargo que, aunque el corazón me dice que se lo diga..., el pensamiento me detiene.

— Acabemos — dijo el señor Esteban, vibrándole

dentro nervios que tenía dormidos hacía cincuenta años.

— Pues... — dijo Ramoncito, pálido como un lirio muerto—. Pues eso que estudio y que pregunta usted para qué me va á servir, me va á servir para una cosa: para la carrera que quiero seguir.

— ¿Para la carrera que quieres seguir? — dijo el señor Esteban, poniéndose amarillo—. ¿Para la carrera que quieres seguir? ¿Es que no tienes ya tu carrera? ¿Ó es que quisieras dejar la tienda? ¿Tú sabes lo que dices?

— ¡Sí, señor!

— ¿Que sí señor acabas de decir? ¿Y lo dices tranquilo? ¿Y lo dices mirándome? ¿Y no se caen el cielo y la tierra? ¿Y eres hijo mío? ¿Y eres de casa? ¿Y has nacido de mí y de mi mujer? ¡Y te atreves á hablar, rayo de Dios!

— Padre..., usted es quien me ha hecho hablar.

— ¿Es que no tenías otro puñal para darme una puñalada? ¿Lo dices para matarme? ¿Me quieres matar? ¿No sabes que esta tienda es más que tú y más que nosotros, que nos ha criado, que nos ha dado nombre, que es nuestro nombre, el que llevamos y el que tú quieres arrancar y pisotear, y no lo pisotearás, ¡no!, porque antes nos harías pedazos á mí y á tu madre, y á todos... ¡Calla, calla! ¡No te quiero oír! ¡No! ¡Habla, que lo quiero saber todo! ¿Qué carrera, qué carrera es ésa? ¡Dilo de una vez! ¡Dil! ¿Cuál?

— Es inútil que lo diga.

— ¡Te lo mandol!

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES
"ALFONSO X EL SABIO"
3225 MONTEBAY, MÉXICO

— Es... ser... escultor...

Si hubiesen dado un martillazo en la cabeza al señor Esteban no le hubieran hecho tanto daño como le hizo el oír «escultor». Como un rayo que cae en una peña, aquella luz de aquel estudio que había visto de joven, con las mujeres, con el barullo, con aquella desnudez y aquel desorden, le rebotó en el cerebro, y no tuvo tiempo sino para apoyarse y no caer cuan largo era. Quiso contestar y no pudo; quiso insultar á su hijo y no encontró palabras; quiso llorar y no encontró lágrimas; quiso morir de repente y no encontró la muerte al lado.

Ramoncito le miró, suplicante, con los ojos llenos de lágrimas, y castañeteándole los dientes, dijo:

— Padre, escuche usted...

— ¡No! ¡No puedo escuchar!—logró decir el señor Esteban sosteniéndose la cabeza con las manos—. ¡Ya sé lo que es ser escultor! Es ser un perdido. ¡Es vivir con gente perdida! ¡Es deshorrar el nombre de tu padre!

— ¡No! ¡Eso no! — dijo Ramoncito con energía.

— ¡Que no! ¡Aun no pensabas tú venir al mundo, y ya sabía yo lo que es ese oficio! ¡Oficio de perdidos, de miserables, de pobres!

— Padre...

— ¡De pobres digo! ¡Yo, que me he afanado años y años para que tú no fueses pobre! ¡Yo, que he ahorrado tanto para ti! ¡Tu madre y yo que no hemos comido para que tú quedases bien! ¡Para hacerte hombre! ¡Para hacerte hombre digno! ¡Pagarnos con

la recompensa de querer ser un miserable! ¡Vete, quítate de delante y borra el nombre que llevas!

— Padre, déjeme usted hablar.

— ¿Y qué vas á decirme? ¡Qué me podrás decir que yo no sepa! ¡Ya veía venir la deshonra y la perdición de la casa, pero nunca la hubiera creído tan grande! ¡Me matas..., me matas! — iba diciendo.

Y aquel hombre tan reposado, tan sereno, tan poca cosa, aplastado por aquel terremoto que le echaba al suelo todo un pasado de creencias, toda una generación de ideas y todo un caudal de pensamientos, hacía tanto estruendo en aquel estanque de silencio, que Ramoncito le dijo:

— ¡Perdón, padre, perdón!

— ¡Vete!—le contestó el padre—. ¡Vete, malvado! ¡Te desheredo!

— ¡Perdón!—siguió diciendo el muchacho—. No me importa que me desherede usted. ¡Lo que yo quiero es que me perdone! ¡Sólo que me perdone! ¡Yo no quiero el dinero!

— ¡Calla por lo menos!

— Perdóneme usted, y le obedeceré; no le daré á usted más disgustos. No seré... escultor. ¡No seré nada! Seré lo que usted me mande.

— ¡Calla! Que eso lo dices por decir. ¡Ya lo has prometido otras veces, y después, á hacer tu gusto! ¡Ya no me engañas; ya te conozco!

— No me conoce usted. Eso sí que lo sé.

— Trabajo me ha costado, pero por fin te he entendido.

Y echándose á llorar en el sillón por primera vez en su vida, dijo sacándose las palabras del alma :

— Podías haberme matado á mí, en vez de matar á la casa. ¡Yo de viejo no puedo pasar, y la casa nunca se hace vieja!

— ¡Padre, si no le quiero matar á usted! — decía Ramoncito, mientras el señor Esteban lloraba—. ¡Le juro á usted que no le quiero matar! Haré lo que usted me diga; pero sepa usted que lo que yo quería hacer no era para matar la casa. Yo quería trabajar, trabajar de noche, de día, á todas horas, matándome de trabajo para ir subiendo, para levantar una casa, que no se levanta con piedras ni con dineros, que se levanta con sueños y con gloria.

— ¡Tantos años de batallar hora tras hora! — dijo el señor Esteban como si hablase solo.

— Yo también quería trabajar; yo también tengo en mucho el nombre que llevo, que es el de usted y el mío y el de mis abuelos. ¡Y no hubiera muerto porque yo fuese escultor! ¡La vida que yo le hubiera dado al mármol habría sido de usted, habría venido de usted! ¡Hubiera sido el tejado de que hablaba el abuelo á la hora de la muerte! Habría hecho las estatuas para hermohear esa «Puntual» á que usted tanto quiere y yo también, pero de otro modo; usted, porque la ha criado, y yo, porque ella me ha criado á mí; usted, porque ha sacado de ella el nombre, y yo, porque quisiera darle nombre á ella; usted, porque ha sacado provecho de ella; yo para esculpirle una lápida.

— ¡Tantos años, tantos años pasados! — seguía diciendo el señor Esteban.

— ¡No me moveré, no volveré á moverme de detrás del mostrador! ¡Haré lo que usted quiera; dinero, siempre dinero! ¡Pero si un día se da usted cuenta de que me voy haciendo rico, pero me voy poniendo triste; que voy aumentando la fortuna, pero que voy perdiendo la alegría; que me he apagado todos los sueños y arrancado las esperanzas y muerto la fe y pisoteado las ilusiones y despedazado dentro del corazón todo lo que tenía de vida, al menos, al menos..., compréndalo usted, y téngame usted lástima, que enterrar la fantasía á los veintitrés años, como ahora tengo, acaso tenga más mérito que el hacer fortuna; y esto lo hago por usted, que no por mí; para mí la libertad es la vida, y para usted sería la muerte, y como quiero que viva usted..., me quedo!

— ¡Tanto tiempo pasado! — decía el señor Esteban.

— ¡Tanto tiempo como tiene que pasar! — decía el hijo.

— ¡No puedo! ¡No lo puedo resistir!

— Padre — le dijo acercándose —. Vuelvo á pedirle á usted perdón.

— ¡No puedo, no puedo! — volvió á decir acercándose á la puerta.

Y cuando la iba á abrir salió su mujer, también hecha un mar de lágrimas, y se abrazaron los dos viejos.

Ramoncito, desde la sala, imploraba un poco de consuelo, una mirada, un gesto, un movimiento, que

siquiera le pagasen el sacrificio que hacía, y los ojos de la madre le dieron lo que pedía.

Mohino y triste, se bajó á la tienda, y con la cabeza llena de imaginaciones y el corazón amargado de tristeza, fué apuntando en el libro Diario las madejas de hilo que vendía y las ilusiones que devanaba.

VII

La última aleluya. — Apágase el señor Esteban, muere la casa y muere el pliego de aleluyas.

El año que siguió á esta escena fué año de invierno para la casa.

El señor Esteban había tardado en tener emociones; pero la primera que había tenido, fué buena. Tan buena, que no pudo reponerse de ella.

Ramoncito cumplía lo pactado. No había vuelto á hablar de lo «suyo»; de aquel oficio de escultor, que ninguno se atrevía ni á nombrar; no había vuelto á salir ninguna tarde; no había vuelto á ir á dibujar; se había despedido de los compañeros, y no se movía de la «garita», cumpliendo su deber como un centinela; pero en el fondo de aquella calma se notaba el «mar de fondo», una inquietud de mal tiempo que hacía presentir grandes tempestades.

Ramoncito cumplía con su obligación, es verdad, y cumplía serenamente, sin quejas, sin rencor, sin dejar caer ninguna hoja amarga del árbol de su vida;

pero la risa, la alegría y el gozo se habían perdido en la casa, y aquella lluvia de carcajadas que sazónaba la aridez de aquella tierra áspera y seca, aquella risa de fuente fresca, que el señor Esteban no oía cuando surtían claras y abundantes, ahora que se habían secado las echaba de menos.

Nunca había llovido tanto como aquel año; nunca había habido tanto barro en la calle ni tanto polvo en la fachada; nunca se había desteñido tan de prisa aquel 1830; nunca el escaparate había estado más tedioso, ni el cuartel de enfrente había parecido más cuartel, más caja de cartón, más simétrico, más cajón de guardar hombres, de una monotonía más fría y más abrumadora.

Siempre había habido allí una especie de paz, de calma, que ahora era una paz de hieló. Tanto el matrimonio como el hijo sentían un frío que no sabían de dónde venía. No encontraban palabras que decirse, no tenían aliento para hablarse; notaban la convicción de que estaban haciéndose concesiones, pero que no podían entenderse, que aquello á que el hijo llamaba arte hacía centinela á la puerta y les miraba con los ojos tristes. Á veces al señor Esteban le venía á los labios la tentación de decir á su hijo: «Anda, anda á lo tuyo y no seas desgraciado»; pero la estantería le miraba y sentía en el corazón un nudo que le paralizaba las buenas intenciones. Muchas veces la madre decía al hijo un: «¿No te encuentras bien?» melancólico, que quería decir tanto como: «No tengo yo la culpa», que Ramoncito lo entendía, y la conso-

laba abrazándola; muchas veces el alma de artista se le volaba hacia una lejanía llena de esperanzas y de auroras, y el cuerpo se le quedaba vacío clavado en aquel mostrador. Cuanto más cerca estaban, más lejos vivían uno de otro.

Y el señor Esteban estaba enfermo. Desde el día del trastorno había empezado á tener sed; una sed que no era sed de beber; era deseo de ahogar una quemazón que sentía; sed de calmar la sangre que le pedía agua; sed de tierra que tiene ansia de que la rieguen. Al principio no hacía caso. Había pasado tantos y tantos años sin que le molestase el cuerpo, que ya no contaba con él; tenía una salud tan de reloj de los que no adelantan ni atrasan, que nunca se le había ocurrido darle cuerda. Pero después de la sed le vino un hambre tan fuera de lo natural, un deseo de comer tan fuera de hora y tan sin freno y sin conducta, y del hambre una tristeza, un decaimiento, y del decaimiento una melancolía, que él, que siempre había sido un roble, languidecía como un sauce y los alarmó á todos, é hicieron lo que nunca habían hecho: llamar al médico.

El médico, en cuanto le vió, adivinó lo que tenía. Tenía el no haber tenido nunca nada. Tenía la paz de tantos años que había fermentado y se había vuelto azúcar; tenía el mal de una sangre que, á fuerza de no serlo, se ha convertido en agua; tenía la enfermedad de «La Puntual», la enfermedad de la quietud, del no vivir, el principio de una muerte que empieza el día que se nace.

— Tiene diabetes — dijo el médico —. Este enfermo tiene que cuidarse.

— Le daremos todo lo que pida — dijo la señora Tomasa.

— No le tienen que dar ustedes nada de lo que pida. Cuantas más cosas tome, peor para él — dijo el doctor al despedirse.

Y el pobre señor Esteban, cuando le querían cuidar, cuando tenía posición para no haberse privado de nada, tenía que estar privado de todo, si quería alargarse un poco la vida.

¡Ni comer podía el señor Esteban!

De aquella sed y aquel hambre le vino la postración. En aquella trifulca con Ramoncito había gastado todas las fuerzas, y ya no le quedaba más que azúcar, y ni azúcar podía tener; el azúcar para él era veneno. De resultas de su enfermedad se le fueron cayendo los dientes, y, como no podía mascar ni lo poco que le permitían comer, ni á vivir tenía derecho, y si comía se moría y si no comía se dejaba morir.

¡Pobre rico! ¡Pobre señor Esteban! ¿De qué le habían servido tantos años de perseverancia, de ahorro, de prisión y de mostrador? ¿Qué provecho había sacado de aquellas dichosas cuatro reglas y de aquella media vara? ¿Quién rompería aquella hucha que rebosaba de dinero? ¡El hijo! ¡El hijo! ¡Y dónde iría á parar el hijo!

Harto se lo preguntaba á veces, pero no tenía la cabeza para responder; hartó miraba hacia aquel más

allá que Ramoncito había nombrado; pero la vista no le alcanzaba á verlo; hartó intentaba á ver el camino por donde habían de correr aquellos dineros tan guardados; la lejanía estaba tan turbia, que no veía nada en la llanura.

Moriría como había vivido, sin ver más allá de la estantería.

Un día vinieron las tres Marías y le hablaron de un confesor, y se dejó confesar, y le hablaron de comulgua y dijo que sí por no tener ánimo para decir que no, y, faltándole fuerzas para vivir, se conformó á morir.

Eso sí, antes de entregarse tuvo un momento de reacción; uno de esos momentos que tiene la llama antes de apagarse para siempre, y recogiendo todas las fuerzas y reconcentrando todo el pensamiento y haciendo un esfuerzo sobrehumano, intentó desenredar la madeja que se le enredaba en el cerebro, diciendo á su heredero:

— Hijo, déjame hablarte ahora que puedo, que pronto ya no podré hablar. Mañana ó pasado me moriré, y si no fuese porque te dejo á ti y te dejo..., no sé cómo te dejo, no me importaría nada morir.

— No diga usted eso...

— Déjame decir, que aun estoy á tiempo. He trabajado mucho en este mundo. No he hecho más que eso, trabajar. Ahora me muero, y puedo decir que no he vivido, que no sé lo que es vivir; he pasado. No he hecho más que pasar. No he sido joven, no he sido hombre, no he sido nada en la vida. He sido un

tendero que se ha encontrado la casa hecha, que la ha cuidado, que la ha hecho seguir y prosperar, para que después viniese otro, tú, y la cuidases como yo la he cuidado, y tú, tú ya sé que la abandonarás.

— Padre — dijo el muchacho conmovido —, yo haré lo que usted me diga.

— Yo no he ambicionado nada para mí — siguió diciendo con voz débil —. No sé lo que son alegrías; no me han enseñado nunca á tenerlas. ¡No sabía lo que eran tristezas, y tú me has enseñado algunas! ¡No sabía llorar; ya he aprendido, pero he aprendido demasiado tarde! Os he querido. ¡Claro que os habré querido, pero hasta ahora no me entero, y ahora que me entero... me voy!

— ¡No, padre! ¡Si usted vivirá! ¡Si usted se pondrá bueno! — le dijo el muchacho.

— ¡Si te pondrás bueno! — le dijo la mujer.

— Ya sé yo que no; dejadme decir. Tú, Ramoncito, serás escultor. No sé si deseo que lo seas, pero sé que lo serás. Te he visto siempre en el escritorio, pero no estás en el escritorio. Has estado sólo por mí, y te lo agradezco. «Dése usted cuenta de mi sacrificio», recuerdo que me dijistes un día, y me he dado cuenta, y por eso hablo. Date cuenta del mío, te digo yo. Date cuenta siempre y á todas horas de que has tenido un padre que no fué nada en el mundo para que tú pudieses serlo; que hizo dinero para que le tuvieses tú, y que si alguna vez haces algo bueno en ese camino que quieres emprender, á no ser por mí, no lo hubieras hecho. Para que nazca una planta, hijo

mío, tiene que haberse abonado la tierra, y yo no he sido más que abono y tierra. Sé tú lo que ambicionas, ya que no has nacido para ser tierra, y acuérdate de este rincón donde no hemos vivido para que tú vivieses.

Dicho esto, el pobre señor Esteban no pudo decir más... que merezca apuntarse en este pliego de aleluyas. Todo lo que había callado en la vida, lo había dicho en dos momentos. Cincuenta años de sembradura le habían florecido en los labios. Cinco generaciones de hombres prácticos le hacían hablar al lado de la muerte, y moría sin dolor, sin luz y sin tinieblas; moría ni joven ni viejo, con la cabeza ni caliente ni fría, con los ojos sin mirar á ninguna parte, con el pensamiento aletargado y la mirada confusa. Moría en el limbo, y aun después de muerto estaba tibio.

.....
Al día siguiente fué el entierro.

Ramoncito presidió el duelo con el señor Pablo, con el comerciante en granos, con el viajante de la casa, que vino del último viaje, y con los dependientes de «La Puntual».

No dejó de venir aquel faetón, aquellos cuatro coches y todos los comerciantes del barrio.

Como el día en que nació, llovía; llovía desde un cielo ceniciento y sin arrugas. Como aquel día, la comitiva tuvo que pasar entre el trajín de todo el comercio de Ribera, y también el muerto tuvo que detenerse para dar paso á los carros de algodón, de bacalao y de petróleo.

En una de estas paradas se rompió la fila del entierro. El duelo se quedó atrás y el difunto siguió y llegó solo al cementerio. Y en cuanto llegaron todos, metieron al señor Esteban en su nicho; en uno de esos nichos urbanos, lisos, fríos y numerados con números de los que se borran en la calma del olvido, y de los cuales no quedan ni señales.

— Que Dios le haya perdonado, si tenía algo que perdonarle — dijo el pobre señor Pablo.

— No había hecho mal á nadie — dijo uno.

— Ni lo había hecho, ni podía hacerlo — dijo otro.

Y Ramoncito, que salía lloroso, se detuvo delante de una estatua, y pensó: «Yo haré estatuas.»

Y acordándose del muerto, añadió con el corazón agradecido: «Las haré porque «él» paga el mármol.»

FIN

OBRAS DE SANTIAGO RUSIÑOL

Impressions d'una excursió al Taga.....	(Agotada)
Desde el molino. Ilustraciones de R. Casas..	(3. ^a edició)
L'home de l'orga. Monoleg	(Agotada)
Andalusia vista per un catalá. (Conferencia).....	(Íd.)
Discurs llegit en els Jocs Florals de Granollers	(Íd.)
Anant pel món. (2. ^a edició)	(Íd.)
Impresiones de arte. Ilustraciones de Zuloaga, Mas i Fontdevila, Oller i Rusiñol....	(2. ^a edició)
Oracions. (2. ^a edició).....	(Agotada)
Els Caminants de la terra. Poema en prosa.	(Íd.)
Fulls de la vida.....	(2. ^a edició)
L'Alegria que passa.....	(4. ^a edició)
El Jardí abandonat. (Un acte).....	(2. ^a edició)
Teatre. L'Alegria que passa. — El Jardí abandonat. — Cigales i formigues.....	(Agotada)
¡Llibertat! (Tres actes).	
Els Jocs Florals de Camprosa. (Un acte).	(2. ^a edició)
El Poble gris.....	(2. ^a edició)
El Malalt crònic. (Un acte).	
El Prestidigitador. (Monoleg).....	(Agotada)
Feminista. (Monoleg).....	(Íd.)